

FORMAS DE COMPLICIDAD EN LAS ESTRUCTURAS DE DOMINACION (*)

Hélan Jaworski C.

Las palabras pierden significación a velocidad creciente y tal vez este sea uno de los mecanismos psicológicos de defensa más eficaces que haya podido generar nuestro mundo moderno, contemporáneo.

Dominación y dependencia son palabras que en una década han invadido el continente, con grados diferentes de realismo. Sin embargo, para muchos hablar de la dependencia, de las estructuras en que se organiza, no es a menudo sino llevar hacia lo abstracto, es decir alejar de la realidad lo que inicialmente fue un fenómeno concreto, vital, una tragedia inescapable para un grupo humano.

Hace un año, se trató en la reunión anual del CICOP de la dependencia de América Latina frente a los Estados Unidos. No creo que nada haya cambiado en estas relaciones, salvo el hecho, quizá, que en pocos meses hemos incorporado estos conceptos, que ahora forman parte no sólo del léxico académico sino del habla corriente. El peligro es que por comprender una relación estructural, hayamos olvidado que las formas específicas de la dominación tienen un alcance mucho mayor y se expresan en fenómenos tan cotidianos que pasan casi inadvertidos. Para hacer eficaz nuestro análisis, tal vez con-

viene detenernos un momento y hacernos algunas preguntas de fondo.

¿Nos hemos acostumbrado acaso a reconocer que hay relaciones de dependencia y de dominación entre grupos y entre sociedades? ¿Que hay quienes viven con menos libertad y aceptamos que esto ocurre, porque hay otros que tienen más, o quizá demasiada libertad? Tengamos cuidado. De aquí es fácil pasar, por la vía intelectual a menudo, por la romántica en otros casos, a sentir, expresar e incluso suscribir nuestra solidaridad con los oprimidos. Creo que es imposible que avancemos más en nuestra intención de contribuir a la liberación del hombre, si no equilibramos lo que nuestro apoyo o nuestra denuncia representan frente a las formas más ostensibles e innegables de nuestra complicidad con la dominación.

I.—El Hombre Dominado en América

El hombre actual en el Norte, Centro y Sur del continente se nos presenta como un hombre dominado. Las estructuras de poder son reales estructuras de opresión. En diferentes contextos los elementos estructurales permiten a una minoría oprimir y abusar de increíbles mayorías. Sin embargo, las formas de la opresión y los resultados son diferentes en el contexto de mundos que ofrecen recursos y tecnología distintos.

La situación descrita no es privativa de nuestro continente, pero las diferentes formas que adopta en él, le confieren singularidad.

A nivel personal, en América Latina la alienación es primaria y directa; la violencia del subdesarrollo es claramente perceptible; el atraso, el hambre, la

(*) Versión revisada de la ponencia presentada por el autor con el título de "Estructuras Integradas de Dominación y Dependencia en las Américas" en la última reunión anual del Catholic Interamerican Cooperation Program (CICOP) realizada en Washington, Estados Unidos, entre el 28 y el 31 de Enero de 1971 y cuyo tema central fue "Libertad y Carencia de Libertad".

ignorancia y la pobreza son aún privilegio de las mayorías. Lado a lado con lugares y comportamientos "modernos", la explotación y el abuso recurren a la fuerza objetiva y en un mundo donde los re-

recursos son escasos, la privación genera relaciones de dependencia personal, de abuso objetivo y de recurso a la violencia que se nos presenta así institucionalizada, llegando a sus formas extremas en contextos totalitarios donde la tortura y el constreñimiento de todas las libertades son virtualmente indiscutibles. Esta forma de la dominación, alimentada por el neo-colonialismo cultural que progresivamente ahoga las formas libres de expresión y modela o tiende a modelar comportamientos según un patrón standard, conserva todavía un germen de esperanza para el explotado que quizá no es sino un espejismo: siendo la opresión objetiva percibida directamente, le queda al hombre la esperanza y el recurso a la rebeldía. Cabe seriamente preguntarse si algunos guerrilleros latinoamericanos comprendieron la complejidad de la dominación a la que enfrentaban, o si su valor fué básicamente testimonial.

Por otra parte, en Estados Unidos, mientras subsisten formas directas de explotación del hombre por el hombre y los problemas de las minorías adquieren visibilidad creciente, el desarrollo tecnológico y, sobre todo, el culto y sometimiento al consumo, han generado formas mucho más profundas de alienación que someten al hombre, destruyen su voluntad y su capacidad de decidir libremente. Una nueva escala de valores difundida selectiva y subrepticamente, gracias a la manipulación intencional de los medios de comunicación, proveen para amplios sectores la justificación del comportamiento social. Para sectores más reducidos, aunque muy visibles, su nivel de conciencia no llega a movilizar la reacción y todo lo que se obtiene es evasión y aislamiento. Para completar el drama de esta situación, —sobre todo en los estratos medios— los valores de competencia y motivación de logro le niegan al hombre la solidaridad, a la par que generan soledad, frustración y angustia pero no conciencia de su situación de dominado y fuertemente oprimido.

El contacto frecuente generado por las mismas relaciones de dominación, hace opresiva la presencia de la cultura y de los miembros del país dominante en las naciones dependientes. Al mismo tiempo, provocan una lenta y significativa infiltración del modo

de vida de los dominados, que busca aliados entre los grupos oprimidos de la sociedad dominante.

Esta permeabilidad entre los dos mundos genera corrientes de sentido contrario: de Norte América se difunden —siempre preferencialmente en los estratos medios— las formas más sutiles de la enajenación que despersonalizan al hombre, lo tornan un consumidor compulsivo y le restan toda capacidad de crítica y de enfrentamiento. Del Tercer Mundo y en particular de América Latina, de donde por muchos años el aporte principal fue el de contingentes migratorios —a más de proveer materias primas baratas y lucrativas posibilidades de inversión— se percibe en la última década la difusión sistemática por ciertos grupos proféticos, de un rechazo a la integración o cooptación dentro de la sociedad de consumo, de una crítica global del sistema, que incluye su incapacidad para obtener la liberación de los dominados, y la comprensión de la dominación como un proceso perfectible por los opresores, que exige la denuncia de las nuevas formas que irá adoptando. Este doble rechazo se expresa anudando valores y gestos comunes, de tal modo de establecer una solidaridad integrada en la lucha del hombre, donde quiera esté en América, en la esperanza de su liberación.

II. Teoría General de la Dependencia.

La dominación que prevalece no es una relación interpersonal, ni se reproduce con solo variaciones de escala en Norte y Sur América. El opresor es oprimido y con frecuencia dentro de esa relación dual lo es a pesar suyo o sin saberlo. Las relaciones donde la dominación se expresa se dan entre grupos sociales, pero su interpretación nos lleva rápidamente a la relación entre sociedades nacionales en el plano internacional. Las estructuras se articulan solamente a nivel mundial con las variaciones propias a condicionamientos coyunturales. Este es el caso de la relación Estados Unidos-América Latina. La interrelación entre dos sociedades está expresada en condiciones de predominio y subordinación, que son al mismo tiempo de interdependencia y reciprocidad.

Dejemos por un momento de lado, las situaciones reconocidas de dominación interna —se den sobre mayorías o minorías—, tanto en el caso de Estados Unidos como de América Latina y volquemos nuestra

atención a la situación externa de dependencia de la segunda respecto de los Estados Unidos.

El elemento central en la teoría actualizada de la dependencia, que explica el dilema irresoluble de los países dominados, es la comprensión de que al interior del sistema vigente de relaciones capitalistas, su destino no es solidario sino antitético del de los países dominantes; que individualmente ya no pueden desarrollarse, porque dentro de dicho esquema capitalista, la industrialización real y el camino hacia la auto-suficiencia les está cerrado; que su poder de decisión pretendidamente incrementado por actitudes nacionalistas y a menudo radicalismos socializantes, no contrapesa en lo más mínimo el poder creciente de los nuevos instrumentos de la dominación: el control de la tecnología, que se regenera y produce a sí misma, las nuevas unidades económicas: las corporaciones multi-nacionales cuya autonomía de operación y perspectiva de largo plazo les confiere absoluta independencia frente a la pretendida soberanía de los países subdesarrollados.

Este dilema entre desarrollo capitalista y dependencia creciente, se genera en la historia de la explotación colonial y la coyuntura del inicio de la industrialización. Estados Unidos, al sacudir su dependencia política y económica, pudo utilizar sus medios tradicionales de producción para crear los primeros elementos de la tecnología moderna, que luego por ellos mismos alimentarían el proceso y en una época, que hoy aparece increíblemente lejana, pudo cerrar sus fronteras y modificar sus relaciones con la metrópoli inglesa. Hoy esa vía aparece cerrada para los países del Tercer Mundo y de América Latina en particular. ¿Cómo aislarse de la propensión a consumir? ¿Puede haber expresión más clara de la mecánica de la dependencia, que la imposición —incluso a niveles psicológicos—, de una sociedad opulenta para que el mundo subdesarrollado consuma a la medida del interés de un mercado que necesita vender más y más?

La complejidad del mecanismo de dominación permite que todos los comportamientos de una sociedad dominadora se armonicen, prácticamente sin que quienes participen en ella tomen clara conciencia. Quizá la única salida aparente es un "telón de hierro" que protegiese el íntegro del espacio sub-continental dentro de un régimen de integración necesaria y producción netamente socialista. Este telón ais-

laría a América Latina de la oferta creciente de bienes de la modernísima industria norteamericana y le devolvería la posibilidad de reconstituir su economía con un alto coeficiente de austeridad. La dominación ocurre porque dentro del sistema capitalista total, se mantienen intocados los objetivos sacrosantos del libre comercio y la libre empresa, de la difusión de un modelo de sociedad que debe consumir para sobrevivir y la negación de que existe asimetría en las relaciones internacionales. En este contexto podemos ver claramente cómo al interior de ambos mundos, el dominante y el dominado, no son sólo los empresarios y hombres de negocios, sino la estructura de gobierno, el mundo académico y universitario, el sistema militar y de defensa e, incluso, las organizaciones eclesiásticas y de ayuda, son quienes se convierten en instrumentos y cómplices de la dominación y por ende se hacen responsables frente a los grupos oprimidos en su país y frente a los países dominados de esa condición antinatural de dependencia, que es derivación del egoísmo y fruto de la colusión de intereses de los grupos de poder dentro de ambos mundos.

La dominación evoluciona sutilmente, tanto al nivel internacional como en el panorama interno de cada país. Periódicamente se postulan modificaciones en las relaciones interamericanas. De la misma manera, periódicamente se crean al interior de los Estados Unidos y otros países americanos, programas y acciones dirigidos a modificar las relaciones entre el Estado y los grupos marginados. Como en otros casos, el "diálogo", el acercamiento, la preocupación, que pueden llevar en sí una gran sinceridad, no modifican el problema de la relación estructural. A título de ejemplo: en el nivel interamericano (como derivado del enfoque mundial) se ha planteado reiteradamente por los más calificados expertos en los últimos años (Informes Pearson, Peterson y Rockefeller), la conveniencia de sustituir el bilateralismo (que ciertamente afecta y compromete la imagen de los Estados Unidos), por un multi-lateralismo al parecer más neutral y sobre todo más eficiente. Podríamos acaso engañarnos si no conociéramos el comportamiento real de las llamadas instituciones multi-laterales donde la dominación unilateral de los Estados Unidos se disfraza y donde lo único que se comparte con otros países desarrollados es la capacidad de explotar y de condicionar el subdesarrollo de los países dominados.

Todo lo anterior expresa una forma genérica: a lo largo del continente y en todos los ámbitos, las mayorías viven en condiciones de una creciente dependencia. Si algún elemento debiéramos subrayar al lado de los mencionados de carácter político, militar, cultural y económico, seguramente sería el psicológico, caracterizado por la enorme inseguridad de las mayorías, marginadas y atrasadas, pero con esperanza —tal vez irracional— en los sectores más deprimidos del continente, o alienadas, inconscientes de su condición, tornadas en consumidores compulsivos, en las áreas llamadas de mayor desarrollo.

III. Nuestra Complicidad con la Dominación

La pregunta crucial que podemos formularnos a nosotros mismos, los sectores profesionales, las clases intelectuales, los miembros de la Iglesia, es ¿hasta qué punto queremos realmente la liberación del otro? ¿Hasta qué punto comprendemos la esencia dramática del dilema planteado por el subdesarrollo y la dependencia? ¿Hasta qué punto comprendemos que la única salida tal vez sea eso que se llama revolución o la destrucción del actual sistema, pero no un simple traslado de dependencia? ¿O realmente tememos la liberación en tales términos y eso explica la modalidad de nuestro interés? Seguramente convendremos todos en que es necesario superar la dependencia, pero seguramente también para nosotros las mejores condiciones serían que la superación fuese progresiva, racional, sin atentar en el fondo contra ese algo indefinido que a menudo llamamos principios o valores y que pudiera ser tal vez únicamente nuestro propio miedo. Podemos sentirnos incómodos o culpables pero no estamos solos en esta tragedia. Al lado nuestro se perfilan, cada vez con mayor claridad, formas ocultas de complicidad con la dependencia, y aunque algunas han sido denunciadas en forma explícita, conviene —a través de unos pocos ejemplos— reconstruir este tejido complejo de las formas en que se esconde la dominación:

a. La primera, es la conversión de la protesta y la rebeldía en un artículo de consumo. No es difícil reconocer aquí que es la debilidad, o mejor, la pasividad, de los grupos frente a las estructuras económicas que los condicionan, la que determina que los productores puedan fácilmente moldear los comportamientos. En este caso es

el sistema mismo, es la sociedad "opulenta" en el país metropolitano y los enclaves o "grupos herodianos" a lo largo y ancho del continente los que muestran formas altamente sofisticadas de defensa y adaptación, a través de la conversión de los rechazos y rebeldías en artículos de consumo. Ya Abbie Hoffman lamentó lo trágico de escribir queriendo destruir el sistema y terminar en la lista de best-sellers. Si ésto es válido en lo personal para los autores, más grave es la comprensión de cómo a través de estos mecanismos, el sistema anula la eficacia de toda la denuncia y destruye, al comercializarlo, uno de los instrumentos tradicionalmente más importantes de la revolución.

Lo que ocurre al interior de los Estados Unidos con la protesta étnica, racial y ecológica, se proyecta al resto del ámbito de dominación: los países latinoamericanos y los grupos minoritarios dentro de los Estados Unidos no enfrentan ahora un modelo caricaturesco de colonialismo, sino la forma mucho más sutil de la integración dentro de un modelo de cooptación al sistema, donde las líneas del juego están claramente definidas y la protesta o la rebeldía tienen lugar y pueden desfogarse dentro de las formas y términos considerados "aceptables". La canción protesta, los libros de Mao, Franz Fanon y Marcuse y el Che, las formas más audaces de la pornografía, los festivales de juventud con su secuela de consumo de drogas, devienen inevitablemente desde el punto de vista del sistema en amplios mercados y en la supresión de la mecha de un peligroso cartucho de dinamita. En la perspectiva de la liberación todos los comportamientos anteriores resultan peligrosas e ineficaces formas de evasión, alimento en ciertos casos de los más radicales y abstractos desviacionismos de izquierda y una lamentable manera de lograr la complicidad de grandes sectores con lo folklórico del problema, con lo tolerable del rechazo. En otras palabras, complicidad con la dependencia.

b. La segunda forma es la aproximación abstracta o el interés académico en los problemas de la superación de la dependencia y la liberación del hombre en América. Los grupos marginados y los países dominados han sido objeto de la

mayor concentración de estudios sociales de las últimas décadas. Cuentan decenas de miles los estudios publicados sobre los problemas raciales, sobre los derechos civiles, sobre la política del subdesarrollo, sobre la vida de los grupos deprimidos, etc. y pueden ser muchos más los estudios no publicados, los trabajos monográficos y las investigaciones en curso.

¿A quién han servido y a quién sirven estos esfuerzos de tantos y tantos académicos? Conveniría reconocer que algunos deben haber sido útiles a los políticos, a los grupos de poder, a los organismos militares y de la defensa y a los grupos de poder económico. Siendo generosos en exceso, podríamos aceptar que gracias a ellos algunas políticas se hayan modificado —normalmente de arriba hacia abajo— en favor de grupos o países. En muchos otros casos, los estudios habrán sido sobretodo útiles para perfeccionar o refinar los mecanismos de la dominación. Es decir, para suprimir lo evidente, lo denunciado, lo intolerable, pero en ningún caso para modificar la condición estructural. Y si en algún momento se ha ido más lejos, se ha aceptado un enfoque radical, se ha propuesto denunciar la explotación de ciertas áreas, la explotación o el coloniaje, y el estudio documentado ha alcanzado, merced a su compromiso, el nivel de un documento de denuncia, fácil es que haya seguido una vez más el camino de los best-sellers a que nos referimos antes.

¿Por qué los estudios que describen, analizan y eventualmente enjuician la situación de la dependencia y el subdesarrollo no han servido mejor a aquellos que eran objeto del estudio? Porque estos estudios se han hecho para servir el interés personal de los académicos, profesores y estudiantes universitarios que necesitan sobrevivir dentro del sistema. Sometidos a una inexorable ley de publicar, exponer, y asistir a congresos para sobrevivir en la selva académica, se han acumulado una tras otra las tesis y los libros sobre los hombres y las sociedades americanas. Se ha escrito en estilo y lenguaje elevados, con abundancia de datos estadísticos y alto costo de impresión. Toda esta producción ha circulado entre los propios medios donde la publicación representaba status

y prestigio, pero nada ha podido decirse a los grupos y a las naciones que esperaban la colaboración, el apoyo de los científicos sociales. Es muy grave esta denuncia, porque en ellos se puso mucha confianza. Sin embargo, presumamos que inconscientemente han sido cómplices utilísimos de la dominación.

Desde el mundo desarrollado, las ciencias sociales han difundido modelos de estabilidad y compromiso, sin reconocer la evidencia del conflicto. Han reconocido calidad académica a simples "reportes" coloniales y han aceptado ser colaboradores y propagandistas de la falsa "ayuda al desarrollo". Han abusado del enfoque prismático negativista y no se han avergonzado de alimentar una imagen deformada del mundo subdesarrollado que toma como única referencia el modelo social teórico norteamericano y compara desfavorablemente los alejamientos o aperturas de él. Han aceptado las metodologías más depuradas y consecuentemente más costosas, sin reconocer su irrelevancia para la obligatoria austeridad de los países subdesarrollados. Distantes, en actitud pretendidamente neutral frente a los fenómenos estudiados, han convertido al hombre y la sociedad en objeto, violentando a menudo su intimidad merced a técnicas discutibles y le han dejado la falsa esperanza de que su contribución —aunque limitada a responder apenas a un cuestionario—, pudiese servir al menos para modificar en algo su condición de subdesarrollo. En suma, y por largos años, las ciencias sociales generadas en los países dominantes han sido un instrumento dócil de la dominación y los científicos sociales, aunque muchos de ellos mirasen con simpatía la situación de los hombres y sociedades bajo estudio, han sido también, en su afán de supervivencia profesional, cómplices de la dependencia.

Al mismo tiempo, no es menor el grado de culpa de una mayoría lamentable de científicos sociales latinoamericanos. Les ha faltado seguridad y afirmación para cuestionar su propio grado de compromiso e identificación con el mundo dominado. Se han dejado seducir a menudo por el falso prestigio de los títulos doctorales, el respaldo financiero y el manejo biblio-

gráfico de los cientos de científicos sociales norteamericanos y europeos que peinan el Tercer Mundo en busca de datos que alimenten su éxito académico. No han podido sustraerse a la tentación de las ofertas de trabajo en colaboración y el resultado casi siempre ha sido que lo estudiado y publicado sobre América Latina ha sido casi exclusivamente para consumo en los Estados Unidos. Nuestros países no se han beneficiado de un aporte en el que han sido tomados como objeto. Sin embargo, han sido llevados a creer en el beneficio y la necesidad ineluctable de tales estudios y han resultado así doblemente dependientes: del marco teórico ajeno y alienante y de la interpretación que terceros le daban sobre su propia realidad. Recién en los últimos años, emerge en América Latina una conciencia diferente que remece profundamente las bases de la interpretación social vigente y encuentra pistas de trabajo más adecuadas y, al mismo tiempo, menos comprometidas. De ellas se genera la teoría central de la dominación y la dependencia que busca explicar las causas de estas situaciones, pero aún no se vislumbra la versión positiva de la política social resultante, que sea instrumental para la liberación aunque ya lo logrado representa, al menos parcialmente, una ruptura importante en esta complicidad del mundo académico.

- c. La tercera forma de complicidad resulta ser, irónicamente, la ayuda externa o la asistencia al desarrollo (en el caso de los grupos interiores). La teoría aceptada del desarrollo que se ha mostrado ineficaz y falsa luego de una década —como lo prueba el fracaso de la Alianza para el Progreso—, basó sustancialmente sus posibilidades en el aporte que la ayuda exterior pudiera significar para el “despegue” de las áreas subdesarrolladas. Tal vez fue inconsciente en cuanto a las contradicciones que el desarrollo de las áreas subdesarrolladas significa dentro del sistema capitalista para el continuado desarrollo de los países desarrollados. Si los políticos fueron menos perceptivos o si por el contrario fueron conscientes de que con los volúmenes de ayuda considerados jamás se variaría la estructura existente, los propios funcionarios de los organismos de ayuda y los

grupos de poder económico fueron más celosos y agresivos y abiertamente trataron de manipular la ayuda hasta en sus más mínimos detalles.

Además del triunfo de los “fiscalistas” al interior de los organismos de ayuda externa, sobre los “estructuralistas” o partidarios de ciertas reformas en los países subdesarrollados, existen suficientes datos estadísticos proporcionados por los organismos competentes de nivel continental sobre la proporción ridículamente baja e insuficiente de la ayuda otorgada en el caso latinoamericano, frente al monto de las utilidades remitidas de América Latina a los Estados Unidos por concepto de utilidades de las compañías radicadas en el sur. Este desbalance ha significado un proceso neto de descapitalización y afianzamiento del subdesarrollo. No corresponde mencionar los detalles conocidos sobre deterioro de los términos del intercambio comercial, condicionamiento de los créditos, interferencia de factores políticos en la ayuda, ni soporte que tal ayuda ha representado y representa para la industria norteamericana. Sin embargo, frente al dilema central de la industrialización requerida por América Latina, en condiciones de soberanía y autonomía, es decir al margen de la influencia de las corporaciones multinacionales y frente a las necesidades de combatir la desocupación, en los últimos años la agencia oficial de ayuda de los Estados Unidos, el AID, al margen de estas necesidades evidentes y forzando la condena del subcontinente a la producción en el sector primario, ha padecido de lo que un autor ha llamado el síndrome “de la producción agrícola (ahora disfrazada como “revolución verde”) y el planeamiento familiar”.

Al lado de esta política oficial, compartida entusiastamente por los organismos multinacionales de ayuda, —que es bien sabido dependen estrechamente de la voluntad política de los Estados Unidos—, las demás formas, sobre todo la ayuda privada de las fundaciones y de las Iglesias, no ha representado normalmente un cambio sustancial en la línea política. Por el contrario con frecuencia han sido dóciles instrumentos de la línea oficial, contribuy-

yendo a promover un "desarrollo" activista y superficial que sólo puede servir los intereses de los grupos y países dominantes, y en consecuencia, juntamente con los demás mecanismos han contribuido a garantizar el mantenimiento de la dependencia.

IV. Solidaridad ¿Con el Subdesarrollo o con la Dependencia?

El dilema de la autonomía en el proceso de la simple mejora en las condiciones de dependencia y la dificultad de la alternativa de un desarrollo aislado, nos enfrentan a los temas centrales de la solidaridad de un destino compartido, donde ya la responsabilidad común es evidente cuando se percibe que gracias a la dependencia el futuro de América Latina se definirá en Estados Unidos y, por qué no, viceversa.

Históricamente, ha sido largo el proceso que llevó a comprender e interpretar las relaciones estructurales, de modo de superar la descripción de los efectos (subdesarrollo) para conceder la debida atención a las causas (dependencia y dominación).

Para lograrlo fue necesario desnudar y poner en evidencia los comportamientos estructurales que generan y constituyen la esencia de la dominación. Fue más fácil hallar en América Latina el hilo conductor que, partiendo de las formas más primarias y simples de opresión, permitió ascender a las fuentes de estos comportamientos y denunciar las formas más sofisticadas de la dominación en el entronque de los intereses de los grupos de poder en Estados Unidos y las oligarquías y fascismos latinoamericanos. En este proceso juegan un rol importantísimo el análisis marxista aplicado a América Latina por un número creciente de investigadores y el hecho histórico de la revolución cubana.

A partir de 1960 se multiplican y alimentan recíprocamente incontables formas de respuesta al hecho ahora consciente de vivir sin libertad, de estar sometido a la más compleja alienación. Las respuestas son plurales: en lo cultural, en lo político, en lo económico: guerrilla, contestación, protesta, boicot, movilización, etc. También hay inorganicidad, desesperanza, temeridad, riesgo no calculado, falta de efectividad. Pero, inseparablemente, compromiso, honestidad, entrega, renuncia.

El problema central de la solidaridad en un destino compartido reside en la búsqueda de elementos unificadores entre estos dos mundos que se separan a velocidad creciente en la medida que en función de la tecnología y la capitalización, el subdesarrollo se profundiza y los países desarrollados incrementan su ritmo.

Conviene preguntarnos en cada caso y para el conjunto, cuáles son las posibilidades reales de nuestra superación de la dependencia. Ello tiene que ver ciertamente con el modelo político y de sociedad que elijamos. Pero no habrá alternativa en cuanto a que el quiebre de las actuales condiciones significará un proceso revolucionario en el sentido de la sustitución global del sistema actual. Tampoco hay duda que ese proceso podría evitarse si los países desarrollados comprendieran que ya no es posible el desarrollo de las zonas atrasadas del mundo dentro de un esquema capitalista y que en el intento de prevenir o dificultar lo inevitable, sólo están condenando a grupos y naciones a hacer más trágico el proceso de su liberación. Sin embargo, es indudable que este nivel de conciencia y comprensión es inalcanzable por utópico y antiestructural. Significaría la renuncia del desarrollo capitalista a su propio dinamismo y la rendición de una ideología que pretende avanzar exclusivamente por el lado positivo de la historia.

Si no hay alternativa, asumamos el carácter de lucha que conlleva la superación de la dominación. Hemos afirmado que las estructuras de dependencia están integradas en todo el continente y que lograr la superación significará una acción colectiva y de sentido único en las dos Américas. Pero lograr que la solidaridad se manifieste a ese nivel significa la necesidad de optar, como antes lo han hecho otros, y la opción se da entre dependencia creciente o subdesarrollo aceptado, como vía para nuevas formas de liberación. Si rechazamos la dependencia y las falsas promesas de desarrollo capitalista, tanto para los grupos oprimidos en los Estados Unidos, como para las naciones dominadas de América Latina, tendremos que aceptar un compromiso trágico con el subdesarrollo, para el cual se exige buscar fórmulas nuevas que permitan desarrollarse. Pero hacerse voluntariamente subdesarrollado es para muchos en ambos extremos del continente renunciar a un mundo, a una seguridad, a un refugio, al con-

sumo. Para un hombre, para un grupo, eventualmente para toda una nación, es rehacer su concepto de sociedad y de patria, es aceptar nuevas reglas de juego, exponerse conscientemente a los recursos límites de la dependencia que son la violencia, la represión y la tortura, es decir el tipo de vida política total a menudo caricaturizada y dramatizada en el marco aparentemente estable de las sociedades dominantes. En términos de libertad, concebida concreta y materialmente como uno de los atributos del desarrollo, es ponerla a prueba, precisamente por cuanto se la quiere para los demás, es sacrificarla, renunciar voluntariamente a ella. ¿Tiene esto algún sentido frente a lo anteriormente dicho, frente a la comprensión de la relación estructural aparentemente inmodificable que acrecienta el subdesarrollo? ¿Son este tipo de valores los que podrán generar y

actualizar la solidaridad de destino común que una a los grupos dominados en el sur y en el norte?

Ya hemos visto cómo a menudo el asistente técnico, el hombre de negocios, pero también el científico social, el político, y no pocas veces el misionero, resultan ser cómplices de la dependencia y nuestros grupos oprimidos y nuestros países dominados tienen razón y derecho para verlos como enemigos.

El problema, central, para este CICOP y tal vez para muchas otras reuniones de reflexión reside en las formas concretas y en los compromisos de acción, en que esa solidaridad en la búsqueda de la liberación se exprese en los hombres y en las estructuras que proveen un sustrato común y hacen de enlace entre ambos mundos dominados.